

DANIEL SADA

CADA PIEDRA ES UN DESEO

El autor de Porque parece mentira la verdad nunca se sabe (Tusquets, 1999) viajó a Culiacán para indagar las distintas formas del culto a Jesús Malverde, el santo patrón del narco. El resultado es este texto anfibio en donde el mito se confunde con la realidad.

AJESÚS MALVERDE NO LO ENTERRARON. NO AL MENOS COMO todo el mundo lo concibe: en una fosa y –lo más común y propio– en un panteón. Lo peor y lo mejor de esa leyenda arrancada del cielo, y corregida cientos de veces por el imaginario colectivo, comenzó el 3 de mayo de 1909. La fecha es señera porque es el día de la Santa

Cruz y además el día sacramental de los albañiles. Aquella vez, los “rurales” arrestaron al preclaro ladrón colocándole una soga al cuello para enseguida colgarlo de la rama de un mezquite. El gobernador de Sinaloa, Francisco Cañedo, decretó la pena de muerte a quien osara darle la consabida sepultura. De modo que el cadáver permaneció a la buena de los vientos durante... ¡vaya usted a saber!, el caso es que a causa de la pudrición se fue cayendo lentamente a pedazos, y cuando ya los restos mortales estaban de medio a medio esparcidos sobre el polvo, pasó por allí un lechero en busca de su vaca. Por mera ocurrencia el susodicho arrojó una piedra sobre aquella masa corrupta y se hizo el milagro: la vaca apareció casi de inmediato.

No se sabe bien a bien si aquel lechero estaba enterado de las hazañas miríficas que Malverde realizó en vida, lo que sí es seguro es que ni tardó ni perezoso difundió la noticia y el rumor *culiche* se encargó de lo demás. No fueron pocos los crédulos que acudieron al lugar del siniestro para arrojarle una piedra a la tan singular masa y pedirle un deseo. Ciertamente es que los milagros se suscitaron, unos al vapor, cual rosario de maravillas; otros al cabo de días o semanas; pero la mayoría sólo quedó en una buena intención, pues el deseo había que pedirlo, asegúnan, con verdadero fervor. Otra conjetura, acaso más sintomática, es que toda vez recibida la gracia, la gente le llevaba piedras, o sea: al “dando y

dando”, a conveniencia, como si se tratara de un trueque común y corriente. Pronto el procedimiento se volvió costumbre y luego la imaginación popular lo llevó a un límite inaudito: abundan ciertos decires relativos a que, como Malverde era ladrón, se le robaba una piedra, y hasta que tuviese a bien conceder el milagro le sería devuelta. Pero sea como fuere, la masa corrupta ya era casi santa, casi sagrada, aun cuando se tratara de un bandolero generoso que le robaba dinero a los ricos para dárselo a los pobres; ese mismo que durante veinte años no se tentó el corazón para dejar en la ruina a familias enteras de adinerados regionales: nómbrense a los Martínez de Castro, a los Redo, a los De la Rocha, a los Fernández, amén de todos aquellos go-deños a los que se les conocía por explotadores; el mismo que incluso, haciendo gala de quién sabe qué poderío sobrenatural, libraba las más sofisticadas vigilancias para introducirse en las haciendas y robarse considerables pilas de oro y plata; aquel que nunca mató a nadie y que jamás se quedó con un céntimo en la bolsa de cuanto se agenciaba. Ese héroe, empero, tan apócrifo como la leyenda, o ese asaltante insólito, o ese santo subversivo, también fue considerado por muchos, y lo es hasta la fecha, como un demonio *culiche* todopoderoso, sobre todo por aquellos a quienes no les hubo cumplido un solo deseo. ¿Será porque eran afanes absurdos?

El primer promotor de Malverde, Roberto González Mata, tuvo el acierto de que la leyenda contara, casi desde su origen, con un símbolo radiante: ni más ni menos que la categórica imagen del ahorcado, una imagen a la vez amable y patética, porque siempre se le dibujó sin el más mínimo empeño mórbido: una cara serena de galán rancheril y, lo más importante, sus ojos abiertos, grandotes, y su bigotito estilo Pedro Infante, ¿o será al revés?, ¿el cantante se lo copió?, ¿sí?... Acaso por ser más evidente, aunque inanimado, el montón de piedras jamás llegó a ser un símbolo y todavía a nadie se le ha ocurrido dibujarlo. Está claro que no representa un atractivo visual y sí, en cambio, expresa mal que bien el montón de deseos que tiempo ha cubrió por entero las cenizas del ilustrísimo bandido, aun cuando resulte lógico que no se tenga idea de la cuantía de las piedras robadas y jamás devueltas.

Sin embargo, durante los primeros años subsecuentes al siniestro, el montón creció con rapidez, desde luego no al grado de formar una montaña, ya que Malverde —y la gente lo sabe— nunca fue tan pródigo en el reparto de milagros. A todo esto se agrega una razón más dogmática: la gente prefirió rezarle, caminar de rodillas con rosario en la mano o valerse de una larga imploración hecha a base de jaculatorias, novenas, salmos, antifonas y demás; o sea: una fe más estricta, quiérase arrodillada, y con un apego asaz propincuo a los usos y costumbres del catolicismo. Si la mezcolanza ya era inevitable, pronto el acopio de agradecimientos se manifestó: las piedras tuvieron encima adornos tales como flores vivas y de papel, cruces hechas de monedas, cartas, muletas, por ahí un zapato ortopédico, alguna trenza de pelo natural, y veladoras, ¡muchas veladoras! Pero la malevolencia tenía que presentarse. Al tiempo que el mito se ensanchaba mediante un fervor cada vez más fortalecido, no faltó el incrédulo que intentara profanar la tumba sólo para ver si había adentro algo putrefacto, entonces ¡a darle!, puesto que aquel montículo no despedía tufos. Pero aquellos tres o cuatro catasalsas fracasaron. Pudieron, en efecto, mover una piedra, incluso dos, eso era lo normal, o hasta tres, o, bueno... un poco más, pero ¡una docena!, o toda la panoplia para comprobar ¡¿qué?!... A quienes rebasaron la cantidad prohibida no les quedó más remedio que arrepentirse; horrendo arrepentimiento de veras inesperado, atroz o por el estilo; pues una fuerza superior los echó hacia atrás, y feo, al grado de hacerlos sentir bastante mal, tan mal que sin pensarlo dos veces se volvieron devotos del santón.

Alguna vez —como lo narra Eligio González, el actual promotor de Malverde—, cuando fue construido el nuevo Palacio de Gobierno, allá por los setenta, y curiosamente cerca de la tumba sui géneris, en lo que significó el primer intento serio de remoción el gobierno usó una motoconformadora que a las primeras de cambio ¡zas!, que se quiebra, como también se quebraron algunos cristales de casas y edificios contiguos y algunas piedras del sepulcro saltaron —hasta eso no muy alto— ¿en señal de protesta? Sin resignación alguna esa misma vez las autoridades mandaron traer otra máquina, ya al anochecer, que

nomás no sirvió para nada. Dice don Eligio que todo Culiacán lo supo. El ánimo de Malverde se defendió con creces. Empero se dejó vencer cuando se presentó la tercera ocasión. Fue un día después y bajo un chipichipi fastidioso cuando una tercera motoconformadora pudo al fin arrasar de pe a pa con la plétora de creencias materializadas. Lo malo es que el ajusticiamiento sobrevino: el conductor de la máquina murió al tercer día de un infarto. Muchos dijeron que él no deseaba hacer esa labor, pero la obligación era —¡y es!— la obligación. Así que ¡pobrecito!

Ahora bien, nadie tiene certeza de que los restos del santo bandido se los llevara en su arrastre la máquina triunfal. Serían huesos o serían cenizas, pero todavía hay mucha niebla sobre ese asunto, habida cuenta que la claridad se evidenció tan sólo con aquellos primeros efectos: la gente recuerda que no fue a la primera sino a la tercera cuando... ¿se deduce? Y la consecuencia fue incierta: quedó un llano grandísimo lleno de tenebras y vibraciones, que va desde La Canasta hasta el bulevar Zapata, listo para la construcción del flamante Palacio de Gobierno, por lo que aún no se sabe con exactitud en dónde estuvo la tumba de Malverde. No obstante, la gente no dejó de arrojar piedras. De súbito se hizo otro montón, desde luego al garete, pero los devotos pensaron que ya no era lo mismo.

A raíz de esa remoción la fama de Malverde se acrecentó. Su milagrería tuvo resonancia estatal y poco a poco alcanzó todo el noroeste de México. Llegaban procesiones nayaritas, duranguenses, sonorenses, bajacalifornianas y hasta arizonenses —sin descontar las de Sinaloa— a visitar la tumba, esa reinventada, y hasta cierto punto inmerecida, y ¡claro!, todo por culpa de las autoridades estatales. En ese entonces se vislumbraba la posibilidad de liquidar el mito. Bastaba con trasladar la tumba a otra zona de la ciudad para desvanecer a poco la figura del ídolo pagano. A través de los diarios locales algunos sacerdotes se pronunciaron a favor de esa medida, a sabiendas de que tendrían el apoyo de la burguesía católica. Casi estuvieron a punto de conseguirlo, pero ¡jojo! Malverde entró al quite. Se necesitaba un milagro supremo, un milagroso parteaguas urgente, el cual se suscitó mediante una chispa de ingenio: Roberto González Mata creó de la noche a la mañana la Orden de los Caballeros Custodios de la tumba de Malverde. Fue tal la avalancha fervorosa desbordada en mítines zumbadores y alharaquientos que el gobierno, viéndose presionado, no tuvo de otra que colaborar en la construcción de una capilla. En 1980 se redondeó el proyecto. La ermita, como le dicen en Culiacán, se ubica a unos pasos de la tumba mendaz. Es modesta pero no de mal gusto. No es ni alta ni chaparra y su estructura metálica es lo suficientemente fuerte como para que ni los chiflonazos ni los ciclones hayan logrado destecharla. Cierto es que desde su fundación no ha sufrido grandes cambios. Blanqueadas y pinturreos por aquí y por allá, pero nada digno de una extravagancia alarmante. Debido a su importancia mítica se ha vuelto una referencia ineludible de la iconografía *culiche*: la ermita semeja un molino incesante que a diario recibe y expulsa a creyentes de todo tipo: desde los más atónitos admiradores

hasta, digamos, ciertos papanatas, ciertos misticones y gran cantidad de turistas morbosos, aunque... ¿por qué tanto turista?

Muchos dicen que Malverde es el patrono del narcotráfico y de la delincuencia, y de ahí su fama; al respecto puede haber dudas o evasiones hipócritas –la religiosidad de los pillos, sobre todo del narco, siempre será excitante–, pues como lo demuestra el cuento de B. Traven “Los cómplices”, “todo ladrón necesita de un santo ladrón”, y si no lo inventa, o en el último de los casos la nigromancia pueblerina se encargará de darle los suficientes poderes para elevarlo al rango de “santo milagroso”. De suyo, son pocos los creyentes que se obstinan en negar esa verdad tan palmaria, y acaso sean pocos los que sí tienen un argumento más o menos de peso: “Dios no tiene por qué darle alas al demonio y, además, si una persona hace el bien no tiene por qué ser mala; al contrario: hace milagros. Robar para hacer el bien no es pecado, jamás podrá serlo.” Así lo dijo un creyente que entrevisté a las afueras de la capilla. Y por supuesto, según lo afirmó, había varios devotos que comulgaban con esas ideas desarregladas, es decir, con las de ese interpelado. En consecuencia: ¡qué gran reborujo!, ¡qué venial contradicción!, ya estábamos entrando en lo que en mi tierra se le llama “un enredo de los mil judas” y fue por eso que dejé de hacerle preguntas, mismas que para él no tenían sentido. Sin embargo, minutos más tarde entrevisté a otro creyente que me expresó justamente la antítesis de lo antes expuesto: “Si a Malverde le rezas con fe te hace el milagro, pero si le dejas de rezar luego del beneficio, entonces sí te lo cobra bien gacho: se te aparece en sueños y te pide que le entregues a un pariente o a un amigo para ahorcarlo. Sí, porque a él lo ahorcaron y se volvió santo.” ¿Más ambigüedad sobre ambigüedad? Confieso que para mí era suicida hacerle una pregunta más. Sus ojos eran los de la muerte y no se diga su vibra de rufián, así que “muchas gracias” y “adiós”. Lo bueno fue que la síntesis de esa dilogía, siendo aún materia borrosa de la verdad, me la dio más de rato Eligio González: “Malverde es el patrono de los necesitados, por lo tanto, quien no tenga necesidades que no venga a rezarle, porque nuestro santo no es un juguete.” ¡Claro que no!, pero tal razón me sirvió para arremeter no sin temblor: “¿Y qué me dice de los narcos, de los delincuentes, o de todos aquellos que no deambulan por el camino del bien?” Sin inmutarse don Eligio se mantuvo montado en su macho y me repitió casi lo mismo, aunque ya en un tono más airado. Fue la última pregunta que le hice. Durante las poco más de tres horas que conversé con él no sentí el más mínimo encrespamiento, pero nomás mencioné a los narcos y ¡puf!: le salió lo gallón y, bueno, yo tuve miedo... Miedo de permanecer allí como si nada.

■
SOBRE MALVERDE HAY ESCASA INVESTIGACIÓN documental. Al parecer el mito, con todo su cuadrivio de secuelas, inhibe tanto a historiadores como a sociólogos. Hasta antes de la década de los ochenta, a pesar de haber transcurrido tantos años de hazañería, era un lugar común que la leyenda corriera de boca en boca sólo para ser deformada o reformada o

transformada y cada quien pusiera su grano de arena sin atreverse a llevarlo al papel... Todavía a la fecha, tampoco los novelistas han querido morder por ahí –nunca fue manda ni lo será–, y sólo ha habido menudeo de intentos tras intentos derivados en temor tras más temor, o muchísimo respeto a la verdad de la verdad, que tal vez sea mentira. Y es que se trata de un asunto no sujeto a demostraciones ni comprobaciones contundentes, habiendo, eso sí (aunque al dos por tres), exégetas del mito que no le permitirán a ningún narrador extrapolar las constantes simbólicas mediante ficciones superlativas o modificadoras. A contracurso de esa suerte de codificación vocinglera, todavía se presupone que por mucho acercamiento que haya a la figura de Malverde, jamás habrá absoluta fidelidad. Ningún historiador que se respete está dispuesto a basarse sólo en la tradición oral, lo que deja traslucir que la leyenda es un mero correlato expuesto a mil y una tergiversaciones que, sin embargo, no deben alterar lo esencial: Malverde fue un ratero prodigioso que tuvo la fortuna de convertirse en un ánima favorecedora, y se diga lo que se diga su milagrería ya rebasa un siglo. Por lo demás, sólo quedan las alabanzas cancioneras que Los Jilgueritos de Malverde y Los Halcones de Malverde le tributan sin cesar. Son puros corridos bien sentimentales, porque sin más ni más esa era la música que al bandido sinaholense siempre le gustó.

Al margen de reticencias y respetuosidades, en los últimos veinte años ha habido aportes sesgados en algunos diarios de Culiacán, en la obra de teatro *El jinete de la Divina Providencia*, de Óscar Liera, y en un trabajo, tal vez el más completo, intitolado *El ladrón generoso*, del sociólogo y actor Sergio López. Basados en la oralidad, tanto Liera como López –creadores al fin– arrojan datos, cual piedras en el aire, sobre la magnitud del fenómeno y sus plausibles repercusiones. Liera lanza una fecha tentativa, la del nacimiento del rufián: el 6 de junio de 1878, acaso con el objeto de supeditarla a la especulación popular. Sin duda va a fondo cuando en boca de uno de los personajes de la obra en mención asegura que “esa fue la fecha que eligió el diablo para volver a la tierra”. El trasunto ya aporta un cambio de luces totalmente radical; Liera recoge otro sentir *culiche*: Malverde es el diablo. ¡Agua! El catolicismo así lo tilda, y ay de aquel... Aun así la variante no es un despropósito, en virtud de que también Malverde se convirtió en un ánima vengativa, insolente con aquellos que no le rezaban a menudo, o sea ¿a diario?... En su momento Eligio González me lo aclaró: “Si Malverde te concede un milagro, hay que rezarle por lo menos una vez al mes, estés donde estés; pero hay que venir a la ermita por lo menos una vez al año.” De haber sido así el santo bandido habría impuesto una condición bastante problemática, sobre todo para los adeptos que tiene en Colombia (dedúzcase el porqué) o en Estados Unidos o en Centroamérica, ya no se diga en Chiapas o en Oaxaca. Por fortuna, los devotos lejanos superaron la dificultad con una idea medio descabellada, pero eficaz (y con la abierta aprobación de la sede): ya existen sucursales de Malverde en Cali, Colombia; en Tijuana; en Badiraguato; en

Los Ángeles, California, que son las más conocidas, no sin que la especulación popular aventure que hay otras, siete en total, o a lo mejor más... Ahora bien, haciendo a un lado tales o cuales lejanías, es un hecho que luego de haber obtenido el milagro, los campesinos de la región le llevan en un frasco el primer arroz de la cosecha. También le llevan frijol, espigas de trigo, habas o un tomate, que es lo que más se da. Si la pesca de camarón fue buena, pues hay que llevarle varios ejemplares sumergidos en formol. Sin embargo, como no está bien visto llevarle ofrendas de coca o mota, cualquier capo agradecido se da el lujo de llevarle piedras de oro y plata y, para darle más molde a la buena fe, una selección bien afinada de música norteña, si es instrumental mejor, o si no corridos de alabanza.

■
CUALQUIER SINALOENSE conocedor del mito sabe que Malverde es un sobrenombre. Se le decía así porque siempre se envolvía en hojas de plátano para hacer sus trastadas, además el forro le hubo de servir, en principio, para esconderse ente matorros y chiribitales. Aquella masa humana, ¡y vegetal!, era el ¡Malverde!, algo así como un estigma demoníaco que por ahí venía, por allá iba, en fin, que se escabullía con la rapidez de un ánima estantigua; aunque es de suponer que dejaba sus manos libres para aperingar dinero y, claro, para correr como se debe.

Acerca de su apellido verdadero hay todavía desacuerdos. Algunos dicen que era Meza; otros García, como el héroe de Nacozari, y se suman unos siete u ocho apellidos muy sonados que hacen más difícil el acierto, mismo que no se presta a equívocos en cuanto a su primer nombre: nadie discute que tuvo el de Dios en la tierra, o sea: el del Mesías, o sea: ¿para qué darle vueltas? Tampoco la fecha de su nacimiento es precisa; se deduce al tiento por el aspecto juvenil que tenía cuando lo ahorcaron: un ahorcado treintón, fresco, con su carga obvia de ilusiones genuinas, que tuvo la gloria de morir joven para darle más anchura al mito y a su vez experimentar la mudanza inmaculada de ser héroe del pueblo, como lo han sido otros bando-

leros del noroeste de México. En este sentido, la leyenda de Malverde encuentra correspondencia con esa tradición sintomática emanada del porfiriato, esto es: la del "ladrón generoso": así Juan Soldado, en Tijuana; Chucho el Roto, en la Ciudad de México; Teresa Urrea; la Santa de Caborca, en Sonora; amén de la de Heraclio Bernal, también sinaloense, cuyas hazañas son harto parecidas a las del susodicho, sólo que a Bernal no se le atribuyen milagros, acaso porque no murió tan joven. No obstante, al respecto hay un parangón exacto: al menos en el



Ilustración: LETRAS LIBRES / Fabricio Vanaken Broeck

noroeste todos estos personajes murieron en forma violenta.

Para colmo de alegatos, perviven otros estira y afloja en cuanto al lugar de nacimiento del héroe de marras. El recio novelista Elmer Mendoza, *culiche* de cepa, asegura que nació en La Redonda, un barrio bravo de aquel Culiacán, donde abundaba la delincuencia y donde ningún policía, por valiente que fuera, llegó a ser jamás azote de los vagos. Hay quienes aseguran, empero, que nació en Mocorito —¿le cuadraría a Malverde el nombrecito?—, no faltando los que sostienen que fue en Sana-lona ni los que alardean que fue en Bamoa. Otro colmo es que al santón le han surgido más y más parientes en casi todos los rincones del estado; la paradoja es por demás folclórica, aunque en definitiva a nadie afecta y sí complace de todas-todas al pópulo.

Enseguida se enumeran tres datos que casi ningún sinaloense somete a discusión:

1. Los padres de Malverde murieron de hambre, los patronos hacendados nomás no se decidieron a darles de comer, lo que generó en el joven Jesús un rencor implacable.
2. Desde muy pequeño Malverde se dedicó a la albañilería, aunque se sabe que hizo otras labores, como trabajar en la construcción del Ferrocarril Occidental de México y también en el Ferrocarril Sud Pacífico, que llegó del norte a Culiacán en 1905.
3. Malverde nunca se casó, pero luego de muerto le sobraron las novias, entre ellas una devota rarísima a quien le decían *La Lupita*. A esta mujer, que de joven tenía lo suyo, la dejaron vestida de blanco y toda alborotada en la puerta de la iglesia. Pobrecita, se volvió loca, porque terca como era se quedó vestida de novia para el resto de sus días, que fueron muchos. Siendo mujer de antes, de esas que decían “con ése o con nadie”, se enamoró perdidamente de Malverde, o mejor dicho, del busto de Malverde, y en una boda simbólica llevada a cabo en la ermita, los casaron y punto. *La Lupita* ya murió, o sea que en el cielo, pues, caray... quién sabe qué esté pasando.

Fuera de los datos citados todo lo que rodea al mito del santón sufre constantes modificaciones. Incluso se ha llegado a decir que ese señor del bigotito, que luce en el busto con su camisa vaquera, no es el verdadero Malverde, que el de verdad era, por decir, no mucho menos guapo, sino bastante feo, quedando como contrarresto la grandeza de su alma y sus sentimientos en flor.



TAN DE QUEDO, AUNQUE A LA SEGURA, LA FAMA nacional e internacional de Jesús Malverde no habría sido tan contada sin la promoción eficaz que ha hecho del mito Eligio González. Otro refuerzo decisivo es la divulgación grosera, tan a derechas, emanada de la creencia de que el santón es el patrono del narcotráfico. Sin esa cuota de extravagancia tal vez Malverde habría sido un ánima favorecedora del montón, siendo que abundan santones demasiado parcos, cuando no

puñibundos. Pero si al bandido sinaloense se le acepta como una mezcla a pospelo entre lo sacro y lo demoniaco, o entre el servicio y la venganza, sin duda se debe a que don Eligio ha aprovechado tal peculiaridad a las mil maravillas. A diferencia del primer promotor, que era en extremo beligerante, don Eligio se ha preocupado por no andarse peleando con la sociedad, y mucho menos con la Iglesia. Del gobierno sólo obtiene favores, esto es: una muy mexicana tolerancia que a la postre le ha servido para endilgarse la figura de benefactor, y lo es de corazón, tanto que muchos lo consideran como un Malverde de carne y hueso.

El parangón se extrapola tras los decires que pululan de ocultis. Se afirma con cabales movimientos de cabeza que don Eligio se parece a Jesús Malverde, pero al verdadero, al feo, al bueno, que no al del busto: ese pedroinfantesco obvio; y todavía más: muchos aseguran que es la reencarnación de aquél, sólo que don Eligio se pasa de prudente. Lo que sí que a fuerza de paralelismos el actual promotor también fue atacado violentamente. Corría el año de 1973 cuando recibió cuatro balazos que lo dejaron muy mal herido. Estuvo a punto de que la muerte le sonriera, pero sólo le hizo un guiño, porque gracias a que invocó a Malverde volvió a la vida sano y salvo para hacer el bien.

Y el bien consistió, por principio de cuentas, en hacer aún más expansivo el mito de Malverde. Poco antes de la construcción de la capilla, don Eligio relevó como promotor al beligerante Roberto González Mata, de quien no se sabe si está vivo o muerto, pues huyó de Culiacán haciendo rabetas y nunca se supo más de él. En cambio don Eligio, siendo albañil de los buenos, como Malverde, se encargó de poner el techo de la capilla, desde luego sin cobrar un peso. De suyo, se solaza sonrisudamente al decir que, con el dinero recabado de las limosnas, ha hecho la donación de setecientas sillas de ruedas y por si fuera poco ha sufragado los gastos de 7,800 sepelios a la gente de las rancherías de Sinaloa, incluidos ataúdes, cirios, arreglos florales y coronas mortuorias. Todo lo cual es —a decir de Sergio López— “una especie de Seguro Social alternativo” para la clase pobre-baja.

A fuerza de esas virtudes a tutiplén, don Eligio González es un hombre querido por propios y extraños. En veinte años de promoción nadie ha coartado su labor, ni siquiera de labios para afuera o, sería lo peor, a través de los medios de comunicación locales. Se le ve, en cambio, como a un hombre bienintencionado que además tiene el privilegio de ser poeta rural, ya que cuenta con el estro de la lírica como para componer corridos y más corridos, todos en honor a Malverde. No es músico, ¡caray!, porque pues ya sería mucho, pero cuenta con la inspiración ranchera de Los Jilgueritos y Los Halcones, que han sido bastante duchos para musicalizar sus letras. Duchos, ergo: comerciales, porque sus canciones han llegado (sin problemas) directo al alma del grueso de los crédulos. Por ahí andan en venta los casets píos. Recuérdese: uno es de Los Jilgueritos y el otro de Los Halcones. Y la avalancha sigue, aunque según lo asevera el obispo de Culiacán, Benjamín Jiménez, ha venido

decaendo desde principios de los noventa. Durante aquellos años la Iglesia se vio en la necesidad de hacer pública una Carta Pastoral, no para condenar a los devotos de Malverde, sino para conminar a todos los creyentes católicos a seguir la fe verdadera. “En ningún sermón –advierte el obispo– se menciona el nombre de Malverde. Queda claro que no queremos hacerle publicidad.” Y agrega que el surgimiento de ídolos falsos en esa zona del país se debe a la ignorancia religiosa, misma que deviene desde la expulsión de los jesuitas, en el año de 1767: una autoritaria –¿por valentona y miope?– iniciativa que hizo más difícil el proceso de evangelización en México, y más aún en el noroeste, “donde ni antes ni ahora es común que surjan vocaciones, ya que casi todos los sacerdotes provienen del sur”. A lo anterior hay que añadir que Eligio González ha tenido la astucia de incorporar al mito de Malverde figuras sacras como San Judas Tadeo, la Virgen de Guadalupe y el Sagrado Corazón, tanto así que en los escapularios, las veladoras, los llaveros y las camisetas que se venden en la capilla aparece el santo bandido al lado de cualesquiera de estas imágenes como si tuviese la misma jerarquía, y ni qué discutir, porque ya encaminada la fe nadie se fija en jarifos, rangos o funciones.

■

EN CULIACÁN EXISTE UN GRUPO DE LA IGLESIA Mariano Trinitario que suele ponerse en contacto con muertos ilustres. Hay consensos entre los crédulos para argumentar con quién y por qué, y son los *medium* quienes, a través de un ritual esperpéntico, hacen oír la voz de tal o cual elegido. Según el escritor *culiche* César Ibarra, los marianos trinitarios han logrado escuchar la voz de personajes como Miguel Hidalgo y Costilla, Jesús García, Pancho Villa, Luis Donaldo Colosio y desde luego Jesús Malverde. Todos ellos sólo han emitido frases sueltas. Hidalgo, por ejemplo, se refirió a la importancia que los mexicanos deben darle a la Independencia de México, esto es: que nunca pierda valor. Desgraciadamente el héroe de Nacozari sólo ha servido como interlocutor de Pancho Villa y de Colosio; el primero habló también acerca de la importancia que los mexicanos deben darle a la Revolución Mexicana, y la dolorosa cantaleta: “que nunca pierda valor”, o sea: ¡dale con lo mismo!, en tanto que Colosio dijo que en México “jamás habrá democracia”, pues ¡qué lástima!, porque viniendo de ultratumba uno esperaría mejores predicciones. Y por lo que respecta a Malverde sólo ha dicho que “todos me piden, pero nadie pide por mí”, ¿estará en el Infierno o en dónde? Sin duda es trágico su reclamo y se presta a confusión, por lo que no me quedó de otra que hacerle una pregunta mañosa a César Ibarra: “¿Malverde hablaba con voz de norteño?”, a lo que él me dijo: “No, pues no, hablaba con la voz de la sabiduría, es decir, sin acento de ningún lado.” De ser real la protesta del santón, todos sus devotos deberían estar enterados de lo que dijo, ya que tal vez no le pedirían como le piden; ¿para qué cantarle o para qué rezarle si Malverde habla con la gente? He aquí una clave de fervor al santo bandido. Una clave lanzada como piedra al montón apócrifo. Acaso una clave más en tanto el símbolo siga palpitando. Así sea. —

E D U A R D O M I L Á N

Ganas de la memoria (fragmentos)

*A la luz de Gina Soto;
a Gabriela;
a Leonora, Andrés y Alejandro*

Ya pasó el tiempo en que me acercaba a ti como a un almácigo. Entraba en tu ámbito extenso, casi inconmensurable, más allá del contexto, como quien entra más allá de sí mismo al páramo donde se encuentra. Me quedaba mirándote sin decir, era como la misma hora siempre, era como una paz o una especie de paz. Desaparecían las tensiones. Era como una especie de paz en extinción.

■

No había árboles pero tampoco guerra. Yo sabía que al entrar en ti como quien entra a tu lugar no iba a ganar el premio. Y todo lo que tenía encima me presionaba. El sol, siempre, es una gran presión.

■

Yo era los animales.
Yo era los animales pacificados
no por tu música sino por tu silencio. Por los
acordes que no oía, por las voces
que no escuchaba, hay una prolongación.
Hay una conjunción, muy extraña, de
rododendros. Yo logré ser –y ese es mi triunfo–
un silencio de los animales esperando de ti
o una especie, una señal. —